

**EL PESO
DE LAS MANTAS**

Alicia Choin

**EL PESO
DE LAS MANTAS**


ESDR JULA
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, noviembre 2023

© Alicia Choin, 2023

© Esdrújula Ediciones, 2023

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Maquetación: Carmen Álvarez

Ilustración de portada: Dessine Moi

Impresión: Centro Gráfico Digital Granada

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1758-2023

ISBN: 978-84-127786-7-0

Impreso en España · Printed in Spain

Para mis queridos y adorados amigos del coro
Schola Cantoría de Granada en agradecimiento
por ponerle música a mi vida

Para mi familia y amigos siempre

Se estaba muy a gusto en la cama. Ojalá pudiera seguir acostado, refugiado bajo el peso de las mantas, como si fuera otro mundo aparte donde no llegasen las conspiraciones, los rumores de pasillo... Quería hacerlo y no quería. ¿Por qué arriesgarse cuando Eloísa y él tenían una vida estable? De todos modos, tampoco podría negarse. Era un mandado más.

Olía a café recién hecho y el café olía a hogar. Eloísa se levantaba siempre antes que él para llenar de calor aquellas frías paredes. La mayoría de sus compañeros no eran conscientes de lo que suponía vivir en la Ciudadela de Jaca. Pero él se sentía privilegiado. La de historias que habrían ocurrido allí desde que Felipe II la mandara edificar en 1592 como parte de la estrategia defensiva contra Francia para impedir el paso a los hugonotes a través de los Pirineos.

Cogió la jofaina para asearse. El agua caliente lo reconfortó. Su mujer lo había dejado todo preparado, como todos los días. El jabón casero de Marsella, la navaja para afeitarse, la colonia que tanto le gustaba de la tienda de la Paca... Eloísa era una especie de duendecillo mágico que hacía que la vida fuese maravillosa.

Entró en la cocina sin que ella se diese cuenta. Se quedó unos segundos observando su figura de espaldas. Le entraron unas ganas inmensas de abrazarla. Era una mujer menuda con un cuerpo bonito. Como siempre, tenía el moño hecho a la perfección.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo has dormido? —le preguntó a su marido como si fuera otra mañana más, aunque sin evitar que se le empañasen esos preciosos ojos verdes que tenía.

—Eloísa, mañana irá todo bien. Será mucho más fácil de lo que pensamos. El pueblo apoya la causa. Está harto.

Sus superiores les habían dicho que no se lo contasen a sus esposas. Decían que las mujeres se ponían nerviosas y eran propensas a hablar demasiado. Podrían echar por tierra todo el plan si las personas no deseadas descubrían sus planes. Pero él no podía hacerle eso a Eloísa, la persona más dulce e inteligente que conocía. Necesitaba su apoyo, su calor, su opinión...

Saboreó como nunca su café y esos minutos con su esposa. Entraba una luz preciosa por la ventana. Pensó que esa luz significaba esperanza, un nuevo amanecer. A su mujer le gustaba preparar la mesa como si cada día fuese una ocasión muy especial. Le encantaba detenerse en los pequeños detalles. Cada mañana utilizaba el juego de café de porcelana blanca con florecillas azules que le había regalado su madre como parte de su ajuar. Las novias solían recibir dos juegos de café, uno corriente para todos los días y otro muy refinado que solo se utilizaba en navidad o cuando venía una visita realmente importante. Pero Eloísa utilizaba el juego de café refinado todos los días, porque para ella cada día con su marido era muy especial.

Antonio la besó como si fuese la última vez y salió con su clarinete cargado de partituras. Le habían dicho que debían

trabajar con normalidad. No había que levantar sospechas. Se hacía una idea, pero no sabía con exactitud quién apoyaba la causa. No podía hablar con sus compañeros del tema. Solo tenía que esperar órdenes. ¿Quién lo sabría y quién no?

Empezaron el ensayo como siempre. Esa marcha militar les salía ya muy bien. Cuando Antonio tenía su clarinete entre sus brazos, se olvidaba de todos sus temores. Eloísa y su clarinete eran su amor y su vida. Incluso se olvidaba de los sabañones que le habían salido en los dedos por culpa del intenso frío que hacía entre aquellos vastos muros de la fortaleza donde vivía y trabajaba. Siempre que tenía un problema acudía a su clarinete. Para él, su instrumento era como una madre que le daba consuelo. Mientras duró el ensayo, casi se olvidó de lo que ocurriría al día siguiente. Lo que más le gustaba de tocar en una banda era que desaparecían las diferencias personales, las rencillas de unos contra otros. La música era el bálsamo, la antítesis del ruido y de la suciedad de los momentos. La música tenía un poder infinito de unir a la gente.

El día parecía transcurrir como otro día cualquiera. Quizás de forma más silenciosa. A la hora del almuerzo, Antonio empezó a analizar los gestos de sus compañeros en la cantina. Intentaba averiguar quién apoyaría el levantamiento y quién no. Se lo podía imaginar. Desde hacía tiempo había discusiones encarnizadas mientras jugaban al dominó o se tomaban un café. Estaban divididos. Aunque había un descontento generalizado entre muchos militares, sobre todo los más jóvenes, era consciente de que algunos de sus compañeros se sentían leales a Alfonso XIII y que incluso no veían con buenos ojos la dictablanda del general Dámaso Berenguer. y anhelaban los tiempos de la dictadura de Primo de Rivera. Habían pasado ya treinta y dos años, pero parte del ejército aún no había

digerido la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y seguían soñando con ese pasado glorioso, cuando España era un gran imperio y, como decía Felipe II, en su reino nunca se ponía el sol. Lejos de apaciguar los ánimos, la dictablanda del general Berenguer había echado más leña al fuego. Al final había resultado ser más de lo mismo y el país seguía sumido en el desorden, la desigualdad y el caos. Por eso había muchos militares que ansiaban una España moderna, al ritmo, por ejemplo, de su vecina Francia.

Pensó en cómo otras veces, cuando no hablaban de política, la mayoría solía llevarse bien. Podía compartir la música o el interés por la historia con algunos compañeros con los que no compartía su visión política. Y, en pocas horas, esas diferencias se volverían tan importantes que sería como si todo lo que tenían en común nunca hubiese existido. Sintió un nudo en la garganta. Pero no podía hacer nada. En definitiva, obedecía órdenes.

Nunca había tenido tantas ganas de llegar a casa y ver a Eloísa después de un día de trabajo. Y eso que su hogar estaba dentro de la misma Ciudadela. Conforme se iba acercando a la puerta de su pabellón, podía sentir con mayor intensidad el exquisito olor a la sopa de picadillo que su mujer habría estado guisando. También olía a ternasco. Era comida de un día especial. Le encantaba la sopa y el ternasco. Estaban a 11 de diciembre y hacía mucho frío, lo que era lógico ya que vivían en el Pirineo aragonés.

Entró a su casa con una sensación diferente a la de todos los días. Como si fuese la última vez... En realidad, podría ser la última vez.

Eloísa había puesto el mantel bordado por su madre para su ajuar y había sacado las copas. Beberían aquella botella que le regalaron a Antonio como primer oficial de la banda de música.

Empezaron a cenar en silencio, con la emoción contenida.

—Tengo miedo. No lo veo claro. ¿Acaso no estamos bien así? ¿Acaso no vivimos bien, Antonio?

—Yo solo cumplo órdenes, Eloísa.

—Sí, pero tú te sientes republicano.

—Nacimos al lado de Francia, cariño. ¿No has tenido nunca la sensación de qué cerca estamos de ellos y qué lejos al mismo tiempo? A tan solo unos kilómetros más allá, hay libertad, hay educación para todos, hay oportunidades... España es un país atrasado. Vivimos pensando en las glorias pasadas, pero no somos ni la sombra de lo que fuimos. La mitad del país es analfabeta. Y tú, mira lo inteligente que eres, y solo pudiste ir a la escuela unos meses para prepararte para la primera comunión. Eloísa, tú habrías podido ser cualquier cosa. No conozco ninguna persona con una cabeza como la tuya.

—Pero os veo movidos por la emoción, el fervor... No lo veo claro... ¿Por qué empezar una revolución desde el extremo norte de España? ¿No habría sido mejor desde el centro y todos los extremos a la vez?

—Todos los puestos están avisados. Se irán sumando. La gente nos apoya. Solo somos la mano del pueblo. El pueblo quiere la república.

Se quedaron en silencio, mirándose. Hay momentos en la vida en que hay que decidir si seguir hablando sobre algo relevante o entregarse a un momento más importante. ¿Y si algo iba mal? ¿Iban a desperdiciar la noche arreglando el país?

Antonio cogió a Eloísa de la mano y se la llevó a la habitación. Empezaron a quitarse la ropa el uno al otro poniendo en cada beso todo el amor, dulzura y pasión. La noche de bodas, cuando conocieron sus cuerpos por primera vez, fue misterioso, bonito, aunque torpe al mismo tiempo. Pero cada vez era aún mejor.

Habían aprendido el lenguaje del amor ellos mismos. Se habían convertido en autodidactas a través de la exploración y los sentimientos. Nadie les había hablado de sexo ni de las artes amatorias. Cada caricia, cada gemido, cada beso y cada susurro cobraban aquella noche un significado aún más especial recreándose en el momento.